

en Suiza! Aquella doncella se separó de nosotras para ir á cuidar á su madre enferma, que murió despues. Se quedó en Suiza porque estaba enferma de pesadumbre.

P. ¿Se hallaba comprometida su salud?

R. ¡Ah! sí señor.

P. ¿Y la dejásteis allí sin recursos? ¿Qué interes tan grande le detenía en aquella comarca sin medios de subsistencia?

R. *Quería hallar en ella el descanso del alma.*

Nuevo estremecimiento, nuevo silencio entre los circunstantes. La condesa parecia que echaba mano de toda su fuerza de voluntad para pasear friamente una mirada desdeñosa sobre cuantos la rodeaban; pero volvió á fijar los ojos involuntariamente en el abogado, quien no cesó de clavar en ella una mirada investigadora.

*El presidente* rompió el silencio; su voz estaba agitada. Pero en fin, señora, ¿cuáles son los medios de subsistencia que tiene esa jóven en un país extranjero?

R. Creo que, con el carácter que tiene, será allí muy considerada.

P. En vano es que una persona, esté considerada cuando no tiene recursos para vivir. ¿Le dejásteis ó le enviásteis dinero?

R. No, no señor, nada de eso.

*El presidente:* Basta, vuestras respuestas serán apreciadas en su debido valor.

*La condesa:* ¡Corriente!

*M. Bac:* Hay una pregunta que no me he atrevido á hacer á una madre; pero, por muy penoso que sea mi deber, debo hacéroslo á vos, señora. Cuando murió uno de vuestros nietos, no dijo vuestra hija: Tanto vale que haya muerto; ¿se hubiera educado tan mal?

*La condesa:* No lo creo.

*M. Bac:* El abate M. Paul lo ha declarado de un modo positivo.

*La condesa:* El abate M. Paul... ¡Ah!

*M. Bac:* Mi mision es aun mas dolorosa. ¿No sabeis, señora, que vuestro yerno pensaba que su mujer habia envenado á sus hijos?

La condesa se levantó, fijó en el abogado una mirada de indescriptible desprecio, y con un ademán singular dijo:

—¡Caballero, á eso no se contesta!

Y se retiró sin saludar al tribunal, persiguiendo á M. Bac con la mirada estraña que hemos dicho.

Entonces se levantó el *abogado general M. Moulin*, para pronunciar su acusacion. Tambien se hallaba profundamente conmovido, y pesaba sobre su corazon todo cuanto la actitud de aquellas dos mujeres acababa de revelar á medias, respecto del misterio de Chamblas. Apenas hubo pronunciado algunas palabras, cuando se alteró su voz, se puso muy pálido, se detuvo, cayó sobre su asiento y se desmayó.

Solo al dia siguiente fue cuando el digno magistrado halló fuerzas suficientes para cumplir su mision. Trazó el cuadro de los primeros tiempos tan serenos de la union de los esposos Marcellange, hasta el dia

en que la influencia fatal de la suegra introdujo la discordia y el ódio en aquel matrimonio. Ese ódio le compartieron apasionadamente dos criados, Santiago Besson y María Boudon. Uno de ellos se habia sustraído á la accion de la justicia, y «vuestras conciencias han apreciado ya la enormidad de esa circunstancia, y la gravedad de las sospechas terribles que hace pesar sobre los autores de aquella desaparicion.»

El abogado general describió la vida de Besson, quien, desde la humilde condicion de porquero, se habia elevado gradualmente al puesto de agente de confianza. Su autoridad prevaleció sobre la del amo de la casa. ¿Se necesitaba una nodriza? Mad. de Chamblas, dijo á aquella mujer: «No os cuideis de M. de Marcellange, escuchad tan solo á Besson. «De aquí resultan los desprecios del criado hácia su amo. ¿Qué interior doméstico era aquel en que el gefe de la familia no podia sentir una indisposicion sin creer que le habian envenenado? La vida comun habia llegado á ser insoportable, imposible, en aquel matrimonio, en el que moria un hijo, sin que se avisara de ello á su padre, en el que una madre, indiferente y fria ante aquel pequeño féretro, pronunciaba esta frase inaudita que se ha intentado negar: ¡mas vale que este niño haya muerto! ¿Cómo se hubiera educado con un padre como el suyo?»

Cuando se entabló contra M. de Marcellange aquel pleito en demanda de divorcio, en el cual, ¡contradiccion singular! se le reconvenia en el fondo porque administraba su fortuna con sobrada economía, la causa de Besson era la que se litigaba mas bien que la de las señoras. Aquel pleito realizaria para él la esperanza revelada por estas palabras: «He guardado cerdos en Chamblas, y muy pronto seré allí el amo.»

«Muéstrese ahora sorpresa por las amenazas, por las predicciones de Besson, por los tristes presentimientos de M. de Marcellange! Estos presentimientos, esos temores, ¿eran efecto de un carácter pusilánime? El fin ha probado por demás lo contrario.»

«Obligado M. de Marcellange á marcharse de Chamblas, va á dar en arriendo aquella posesion. «Comprended bien la irritacion que causaria aquella noticia. Ahí estan las fechas fatales: el 2 de setiembre era cuando habia de firmarse el contrato de arriendo; los momentos eran preciosos. ¡Vos que tenéis interes en dar muerte á M. de Marcellange, apresuraos! Mañana no será ya tiempo. ¡Apresuraos! La noche es propicia, el cielo está cubierto de nubes, el viento del Mediodia sopla con violencia; ha llegado el momento. Acabais de levantaros de una enfermedad grave; vuestro estado de convalecencia servirá para apartar las sospechas. ¡Apresuraos! ha llegado la hora! Si aun estais débil, si vuestra convalecencia no es completa, superad vuestra debilidad, haced esfuerzos, poneos en marcha, porque mañana, mañana 2 de setiembre, no será ya tiempo. ¡Asesino, apresuraos!»

El abogado general trazó entonces el cuadro de la noche fatal. El asesino logró por demás su propósito. ¡Conocia tan bien los sitios! ¡estaba tan bien